

Como se puede ver por la que trato, las *Sombras* que empezaron á formarse en la cumbre de este cerro, como la niebla que nace en las montañas y va bajando hasta el llano, así descienden pausadamente hacia la extensa metrópoli. El *Lyon d'Or* ha inaugurado su teatro de siluetas con éxito extraordinario ; otros teatros las anuncian y preparan, y el cielo del arte parece obscurecerse de tal modo que, si el viento de otra moda no despeja el horizonte, pronto París, el gran París de la luz, se verá convertido en el reino tenebroso de las sombras

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
XIV

El cementerio de Montmartre

La plaza de Clichy está unida con la calle de Clignancourt por un puente de hierro, sostenido por fornidas columnas y adornado con baranda de entrecruzados tirantes. Por su lustroso pavimento pasan todo el día centenares de coches ; carros colosales que van y vienen de las próximas canteras ; vehículos de todas clases que se dirigen á Saint-Ouen ó llegan del camino de cintura ; obreros con largas blusas que, saliendo de los talleres de Saint-Denis, desfilan á bandadas por las aceras de asfalto.

El movimiento es incesante y mucha la vida en lo alto de aquel puente : creyérase el cauce de un río que, bajando de los arrabales, mana humanidad

hacia el gran mar de París ; una arteria de su cuerpo ó un nervio motor de su cerebro. Diríase también que ese barullo de un mundo que se mueve ha de ser interminable, si no recordara la muerte el cementerio que se extiende debajo de las columnas, como amplia llanura de quietud y de reposo.

Allí, por uno de esos contrastes que la casualidad combina, al lado del trabajo incesante reina el descanso eterno ; al lado de la agitación de la vida, el sueño de la nada ; las chimeneas, levantándose detrás de los muros, recuerdan la lucha por la existencia, y las cimas de los cipreses y las copas de los árboles, cobijando bajo su sombra miles de tumbas y asomando sobre el arroyo, mirando al pueblo que pasa, invítanle á descansar sobre los lechos de piedra.

Pero el viandante, aturdido por el clamor de arriba y como atemorizado por la quietud de abajo, aprieta el paso, y apenas si se detiene algún curioso forastero á contemplar el fondo de aquel tranquilo abismo, á pesar de ser espectáculo, si triste para la mente, hermoso á todas horas para los ojos amantes de colores y armonías.

Visto el cementerio por la mañana, envuelto entre la niebla y abrigado por el vapor, que modela sus contornos, parece nadar entre una nube ; iluminado al mediodía por el sol, que hace brillar las cruces y coronas, parece renacer vibrante al calor de nueva vida ; creyérase que vuelve á morir con la tarde ; y por la noche, muerto ya, á la obscuridad, de tal modo se confunden los panteones, que se levantan sin forma, con las casas de los vivos que las rodean.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

16. 1625 MONTERREY, MEXICO

que sólo se distingue la morada de los muertos por una gran mancha de sombra.

A todas horas y en todos tiempos presenta nuevos contrastes. En verano, bajo el toldo de una vegetación exuberante, es hermoso ver las manchas de sol pasando por entre el follaje, para morir vibrando sobre la frialdad del mármol ; ver chispear los bordes de los hierros y los prismas de los recuerdos depositados delante de las funerarias lápidas ; oír el clamoreo de centenares de pájaros, cantando el himno eterno á la vida ; ver las flores abriendo sus corolas con dichosa inconsciencia. Alégrase allí el ánimo en primavera, al notar que todo renace con nueva savia y nuevo aliento ; duélese el espíritu en otoño, viendo los árboles despedirse de sus hojas y viendo las hojas pintadas de cadmium, lanzadas por el viento, saltando sobre las tumbas, corriendo en remolino, posándose como puntos de oro sobre la arena de los desiertos paseos ; y en invierno oprímese el corazón al abarcar los ojos tanta tumba, abrigada por un solo manto de nieve, que renuevan constantemente los blancos copos que caen de la quietud del cielo.

Y, no obstante, aquella quietud, aquel silencio, aquella sorda soledad, no son la soledad, silencio y quietud del desierto : es la calma que sigue á las grandes tempestades de la vida. Allí termina todo ; allí, bajo del cerro, acaban tantas y tantas esperanzas, que se han formado en la cumbre, tanto afán, tanto empeño para legar un nombre que sea venerado, al ser escrito en una piedra, sin contar que allí pasa todo el año el viento del olvido, que va borrando el oro de las letras, la vaguedad del re-

cuerto y hasta la última pátina de los más firmes panteones.

Son tantos ya los olvidados en aquel campo que van hundiéndose en la tierra, para dejar espacio á los que llegan, que, antes que el fondo aquel en fosa común se convierta, antes que la pausada marcha del tiempo engulla junto con los humildes, los que tuvieron sus horas de renombre, queremos hablar de algunos que, si duermen allí, aún están despiertos en la memoria de los hombres.

Entremos ya en el cementerio. Una verja de hierro nos abre el paso, y vemos la casa del guardián de los muertos á manera de garita de centinela, un camino tersamente enarenado, y, de repente, las largas hileras de panteones, que se alejan en perspectiva correctamente alineados.

A cada lado, grandes árboles entrelazando sus copas formando bóveda, altas acacias de seco y nervioso tronco, algún pino negruzco, sendos chopos de menuda hoja, y, entre la lluvia de puntos amarillentos, los cipreses solitarios, levantándose solemnes y misteriosos, como los minaretes de aquel templo de la muerte. En el fondo, miles de tumbas apretadas, estrechas, pendidas en confusión en lo vago de la niebla ; cruces de todos tamaños, irguiendo los brazos y como brotando del suelo ; una estatua de vez en cuando destacándose en actitud pensativa ; un ángel en lo alto de una columna, mirando al cielo, ó sentado sobre la losa, ó guardando una puerta con la voz del juicio final, oculta dentro del misterio del mármol ; coronas esparcidas por el suelo, blancas las más, de un blanco mate, de siemprevivas otras, de rosas y laurel algunas, negras

muchísimas y desteñidas todas. A cada tumba, inscripciones recordando afecciones enterradas, amores muertos y fechas memorables. Letras de oro, ostentosas, apuntando nombres oscuros, pequeños caracteres evocando grandes hombres, concisas lamentaciones, versos dictados por almas moribundas, prosa enferma de postreras voluntades, dedicatorias y recuerdos vaciados con lágrimas sobre la piedra, frases dictadas con fiebre y ayes de dolor de la pobre humanidad, despidiéndose de los seres queridos al entrarse por las puertas de la tumba ; y todo, todo absolutamente, palabras y monumentos, lápidas y coronas, desmoronándose poco á poco, hundiéndose en la tierra lentamente, apagándose bajo la ingrata pátina de la atmósfera y la indiferencia del tiempo.

A poco de andar, la tumba del hijo de Rochefort, tibia aún, nos dice cuán aprisa se marchitan los recuerdos. Coronas de los boulangistas de ayer, dedicatorias de los hombres que en un momento espantaron ó entusiasmáron la Francia entera con su fama, yacen objetos olvidados ; y más duraderos aún, con ser de trapo, que el pensamiento, se conservan, si bien desteñidos, los colores nacionales, en tanto que los partidarios de aquel general novelero y semifantástico se van desvaneciendo.

La misma suerte le cabe á Mme. Barrias, la célebre cantante de su tiempo. De su voz, que reputaron divina, no ha quedado ni el eco, que, enmudeciendo su timbre de oro, muda quedóse su gloria en la tumba. ¡ Triste condición es el abandono en que quedan esas estrellas que han brillado por las dotes de su garganta ! Mientras vive la generación que ha oído sus portentos ; mientras como fonógrafo hay quien

conserva el deleite de aquella voz, impresa en las fibras del alma como grato recuerdo, dura el testimonio viviente de su fama ; pero apenas muertos los últimos admiradores (depósitos sagrados de aquella voz lejana), no queda de ella más que una tradición inexplicable, un algo que hay que creer con fe por aquel lenguaje desconocido. La tumba de Mme. Barrias es la jaula de un pájaro muerto, que sabemos que cantó y conmovió á sus contemporáneos, pero sin poder sospechar el sonido de las cuerdas de su lira, porque murió con ella. Allá delante de la lápida, una mano piadosa colocó las coronas y estuches regalados á la diva, entre los aplausos del mundo ; quincalla de una noche de beneficio, objetos para vistos á la luz del gas ó del petróleo, y que mueren debajo de aquel cristal, sin poder resistir la luz del día.

Más feliz ha sido para su memoria la de Halévy y Offenbach, que descansan más al fondo del cementerio. Estos, al menos, dejan obras para juzgadas. El autor de *L'Ebreá* y el de *La bella Elena* podrán ser discutidos ; seguirán la ventura de la caprichosa y á veces cruel cotización del tiempo (ese barómetro del gusto público que hace bajar y subir el precio de la obra) ; pero lo bueno de ella y lo realmente hermoso irá agrandándose con los años, hasta adquirir patente de imperecedera belleza, como lo sacrificado al gusto de una moda, entre su vapor volará desvanecido, cual efímera gloria de momento.

De esa lenta selección depende la inmortalidad del hombre (vida más grande que la primera) ó su muerte definitiva. Por eso hay tumbas que nacen muertas, y otras que van adquiriendo proporciones

de reliquias ; panteones que, como ciertas grandes pirámides, parecen no tener alma, y almas que, no cabiendo dentro de los estrechos límites de un monumento, vagan gloriosas por el mundo. La muerte, igualitaria para el cuerpo, no lo es, por fortuna, para el recuerdo, injusto á veces, pero siempre venerable.

Víctimas de esa clasificación póstuma, vemos á Delaroche y á Horace Vernet, nombres que van hundiéndose en el caos del olvido, mientras que Carlos Vernet, cuasi desconocido en vida, va levantándose de la sombra, alumbrándose la obscuridad de su nombre, por la aureola que vase formando en torno de su memoria.

Consérvase latente, en cambio, el recuerdo de Heine, enterrado también en este cementerio. La tumba del gran poeta es bien sencilla: una losa sobre la tierra, una lápida rematada por un jarro de mármol, dos macetas con plantas secas y nada más. Pero allí está su nombre glorioso, que da valor y grandeza á la morada. « Un árbol dará sombra á mi tumba, — dijo en una visión de su muerte. — Quisiera que fuera una palmera, pero ésta no vive en el Norte. » ¡ Pobre poeta ! No sólo no viven en el Norte, sino que la sombra que recibe en su tumba ni es de palmera, ni siquiera es de su tumba. Dásela, y fría, un arbusto de un panteón cualquiera, de un *antiguo* negociante, cuya gloria consistió en llegar á viejo, tener buen corazón y ser prudente ciudadano, según explican las letras de doradísimo relieve. También se borrará aquel oro, como todo, en aquel mar de tierra, en tanto que el nombre de Heine volará perenne, llevado por ese algo que deja el genio en el aire en que ha vivido.

Prueba de esa fuerza es otra tumba.

Muy pocos conocieron el nombre de Alfonsina Plessis, y bastó para glorificarlo el talento de un solo hombre. Bautizóla Dumas con el apodo de *Dama de las Camelias*, con ayuda del arte realzóla, y por obra de su poder, trocó en belleza la miseria de una vida vulgar, tristemente conocida; y los restos que aquí quedan, y que tan sólo son los de la anónima cortesana, el cuerpo de Plessis, los pobres despojos de una hermosura marchita, modelo insignificante de una grande obra, convirtiéolos en *Marguerite Gautier*, figura más verdadera que la auténtica, silueta viva y latente en la imaginación de un mundo de leyentes, que adoran la creación y desconocen la mujer que la ha inspirado.

Como ella son muchas las figuras que aquí desaparecen, borradas para siempre de toda gloria y de la memoria de todos. Falsas reputaciones á veces, á veces póstumas injusticias, héroes anónimos y oscuros obreros de todo ideal desconocido, que, sepultados quizás más adentro de la tierra, su nombre no asoma á la superficie. ¡ Cuerpos que no vinieron en la época que merecían, ni han sido enterrados en la tumba de la justicia !

Si es dable dar sepultura en el sitio que su espíritu en vida hubiera deseado, el de Murger debe sentirse dormido en sus ensueños en este cementerio. El triste amante de la vida de bohemia no podía encontrar mejor sombra para su tumba que la sombra de este cerro, último refugio y ciudadela de la vida por el arte, perseguido por el frío é igualitario positivismo. Cuando todo tiende á una uniformidad espantosa á los ojos del artista ; cuando se matan las

siluetas y los colores de todas partes ; cuando se materializan las ideas, añadiendo al hombre esta nueva miseria, y se borran los dioses del pensamiento y el amor del corazón, el melancólico Murger debe sentir el consuelo de la póstuma amistad, el agradecimiento de la muerte, hacia los pocos que batallan en defensa de aquella raza de hombres que juraban no beber más que agua en el curso de su vida, antes que prostituir sus obras á las bestiales exigencias del dinero. ¡ Pobre Murger ! ¡ Cuán pocos seres de ese temple encontraría, si viviera ! Aquellos hombres han muerto, y con ellos irán muriendo los soñadores que rodean aún su cementerio, acampados en el cerro. Allí se acallarán las canciones, para dar salida á muchos cantos (quizás mejores, pero no mejor sentidos), cambiarán las escuelas, nacerán ideas nuevas y germinarán nuevas é inesperadas concepciones; y buenos y malos, artífices oscuros y hombres célebres, todos, unos después de otros, irán bajando de la cumbre (monte Sinaí ó Calvario), bajando lentamente, bajando siempre, hasta perderse en las quietas soledades del cementerio de Montmartre, donde reina el eterno y misterioso sueño de todo un pueblo que descansa.

II

IMPRESIONES DE ARTE